



Comentarios sobre los orígenes de la crisis de los partidos políticos en el Perú

Comments on the origins of the crisis of political parties in Peru

Humberto Porras Vasquez^{1*}

¹ Universidad Nacional Agraria La Molina, Lima, Perú. hporras@lamolina.edu.pe

Recepción: 19/06/2020; Aceptación: 15/11/2020

Resumen

En las tres últimas décadas del siglo XX, el Perú conoce formas distintas de hacer política y una crisis de los partidos políticos, tanto en lo ideológico, como en lo organizativo y en la forma de actuar. Aparece la “antipolítica” y los “independientes”, fenómenos que causan desconcierto tanto en los observadores políticos como en los actores sociales. Se ensayan diversas interpretaciones, algunas coherentes, otras un tanto superficiales. Aquí ensayo una probable explicación de los orígenes de este problema.

Palabras clave: partido político, antipolítica, independientes, representación política, intermediación política.

Abstrac

In the last three decades of twenty century, the Peru has different forms of politic practices and a crisis of the politics parties, even in the ideological, in the organizational and in the behavioral. Come up the “antipolitic” and the “independents”, facts arouses disconcert in the watchers and the social actors. It can be interpreted in different ways, some can be consistent, others can be some superficial. Here, I essay a probable explanation about the origin of this question.

Keywords: politic party, antipolitic, independents, politic representation, politic intermediary.

“... con independencia de cuán deficientes sean la actuación de los partidos y los sistemas de partidos, las democracias aun no pueden actuar sin ellos”.

Giovanni Sartori: **Partidos y Sistemas de Partidos**

Forma de citar el artículo: Porras, H. 2020. Comentarios sobre los orígenes de la crisis de los partidos políticos en el Perú. Revista Tierra Nuestra 4(2): 71-80(2020). <http://dx.doi.org/10.21704/rtn.v14i2.1660>

DOI: <http://dx.doi.org/10.21704/rtn.v14i2.1660>

Autor de correspondencia (*): Porras, H. Email: hporras@lamolina.edu.pe

© Los autores. Publicado por la Universidad Nacional Agraria La Molina.

El artículo es de acceso abierto y está bajo la licencia CCBY

Introducción

Que la política y los partidos están en crisis es ahora una verdad evidente. Pero en la ciencia política no existen verdades evidentes, lo que existe son fenómenos y procesos políticos que responden a múltiples causas y desencadenan variadas consecuencias. En la ciencia política, que es, como lo considera Sartori, una “ciencia blanda”, los enunciados tienen que probarse mediante el razonamiento lógico y la “observación” de las realidades empíricas.

A pesar de las tendencias antipolíticas y antipartidos, a pesar de que algunos han anunciado el fin de la política y el fin de los partidos, estos existen y siguen siendo necesarios en la apuesta por construir una democracia. Se postula que la debilidad de los partidos hace que la democracia sea débil y que, habría más bien que reemplazarlos por el dominio de los expertos. Algunos plantean que, en un mundo globalizado, enmarcado en la revolución científica-tecnológica, el mundo de la política debe ser dominado por los expertos. Esto es lo que llama Robert Dahl el “contra-argumento” contra la democracia, el argumento de la tutela, que existe desde los tiempos de Platón¹. Desde este punto de vista, los expertos son superiores en conocimiento y la analogía con otras esferas de la vida recomienda atenerse a sus recomendaciones. Pero, Dahl replica, que para tener un buen gobierno, se requiere algo más que un conocimiento científico, se requieren principios éticos –que no son “científicos”-. Para gobernar bien un Estado, los expertos están calificados para ser nuestros agentes, pero no nuestros superiores.

En los tiempos de Velasco también se planteó la tesis del antipartido. Carlos Delgado, ideólogo del proceso velasquista, consideró que la revolución de la Fuerza Armada debía plantear una forma diferente del ejercicio de la política. Probablemente estaba pensando en una forma de “democracia directa”, la “democracia participativa” como se llamó en esos tiempos. Pero, a pesar de todos estos augurios y, a pesar de todas las limitaciones, los partidos siguen siendo el mecanismo más importante de intermediación y representación entre la sociedad civil y el Estado. Sartori² considera que la representación descansa en una “idea”, en una creencia, en la expectativa vinculante de los representantes con los representados, que en las democracias modernas, por el número de ciudadanos, los partidos se convierten en representantes de los intereses de los ciudadanos. Sin embargo, en otro famoso texto, Sartori³ considera que la función

principal de los partidos es la expresiva. Estos son concebidos como medios de comunicación que transmiten exigencias respaldadas por presiones. No sólo expresan, también *canalizan* demandas.

Pero, la crisis de la política y la crisis de los partidos no son fenómenos exclusivos del Perú. En realidad, ocurren en todo el mundo y una de las razones que se plantea para explicarlo es que estamos, precisamente, en un cambio de época.

Aquí trataremos las características de ese “cambio de época” en la realidad Latinoamericana y en caso del Perú en particular. Mostraré algunas de las propuestas de interpretación que se han dado sobre esta problemática y, en lo posible, comentaré mis propios puntos de vista sobre estos aportes. No está demás subrayar que este es sólo un trabajo exploratorio, que su principal aporte consiste en tratar de ordenar algunas ideas que otros, más versados que yo, han aportado para el debate. En el presente trabajo se analiza la problemática sobre la crisis de los partidos políticos en el Perú y abarca desde las tres últimas décadas del siglo XX, hasta los inicios del siglo XXI.

Partidos y sistema de partidos

Lo lógico sería comenzar por definir lo que es un partido y, ya de entrada, nos encontramos que este es todavía un problema irresuelto. Se han formulado definiciones *estrechas* y definiciones *amplias* sobre lo que es un partido. La primera considera que un partido debe tener un determinado objetivo: ocupar cargos públicos y obtenerlos compitiendo en elecciones. Esta definición es conocida como “electoral” y es también compartida por Sartori. Por su parte, Neumann considera que, al menos, la existencia de otro grupo competitivo hace real a un partido político. Un problema de este enfoque es que no considera a los “partidos antisistema”. Las definiciones *amplias* consideran que son partidos todas las organizaciones que se consideren a sí mismas como tales. No es requisito que ingrese a la arena electoral (ni que ocupe cargos públicos). Existen también definiciones *intermedias* que plantean un criterio de clasificación, aunque siguen siendo relativamente amplias, pero dejan afuera a las organizaciones que no buscan obtener cargos públicos. En este enfoque se suavizan los medios, pero se mantienen los objetivos. Mostremos algunas definiciones:

“Un partido político es una institución, con una organización que pretende ser duradera y estable, que busca explícitamente influir en el Estado, generalmente tratando de ubicar a sus representantes reconocidos en posiciones de gobierno, a través de la competencia electoral procurando algún otro tipo de sustento

¹ Dahl, Robert (1999). *La democracia. Una guía para los ciudadanos*. Buenos Aires: Taurus. capítulo VII.

² Sartori, G. (1992). *Representación*, en *Elementos de Teoría Política*, Madrid: Alianza Editorial, pp. 225-242.

³ Sartori, Giovanni (2000). *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un*

análisis. Madrid: Alianza Editorial, Capítulo 1.

popular”⁴.

Lynch⁵ plantea que la definición de un partido se construye a partir de cuatro interrogantes: a) *¿qué es un partido?*; b) *¿por qué la gente se organiza?*; c) *¿qué hacen los partidos políticos?*; d) *¿cómo luchan por el poder político?* Propone la siguiente definición de partido político:

“... un partido es una organización cuyo propósito fundamental, por razones personales y/o programáticas, es conseguir el poder político y que en función de este objetivo busca agregar y compatibilizar intereses sociales, movilizar a la población, selecciona candidatos a puestos públicos –si se ubica dentro del régimen democrático en funciones- e intenta influir en distintos momentos y de diferente manera en la situación política”⁶.

En cuanto a la clasificación de los partidos existen innumerables criterios para hacerlo. Uno de esos criterios es considerar si son o no “ideológicos”. Se supone que los “no ideológicos” son “pragmáticos”. Al respecto, Abal considera que no hay partidos sin ideología, aun los más meramente pragmáticos expresan una visión del mundo y el rol que deben jugar en el sistema político⁷. Otra discusión en este terreno es la definición de un sistema de partidos. En este punto se han dado también muchas definiciones, todas ellas tienen aspectos positivos y limitaciones. Sin entrar en este debate, me apoyo en la definición de Bartolini:

“Un sistema partidista es el resultado de las interacciones entre las unidades partidistas que lo componen: más concretamente es el resultado de las interacciones que resultan de la competencia electoral”⁸.

El sistema de partidos no es la suma de los partidos que lo componen, es un fenómeno más complejo. Está modelado por la naturaleza de los partidos y por el tipo de interacción entre los mismos. Su comportamiento depende de las “distintas situaciones”. Lo importante es distinguir las diferentes maneras de interacción entre los partidos. En el caso del Perú, Lynch considera que existe un proto-sistema y Tanaka cree que si es posible hablar de un sistema, lo mismo sostiene Tuesta. El concepto resulta de utilidad porque nos permitirá observar las probables relaciones entre las dinámicas

partidarias y su respectiva crisis⁹.

Crisis de los partidos políticos

Como se ha mencionado, la crisis de los partidos es un fenómeno general de la política actual. Referidos al ámbito de América Latina, Cavarozzi¹⁰ plantea que los partidos atraviesan una situación problemática que se deriva de dos procesos: a) de consolidación democrática; y b) de crisis de modalidades de articulación y representación de intereses. Estos dos procesos ocurren tanto en los países que tienen un sistema de partidos consolidado, como en aquellos que están en deterioro de sus capacidades. Los polos de este proceso los encontramos en los casos de Brasil (consolidado) y el Perú (destrucción del sistema). En medio se da la coexistencia de estabilidad y crisis. Esta crisis de representación abarca no sólo los aspectos formales de los partidos, sino también abarca a las estructuras (la forma en que están organizados), los actores y las dinámicas de la sociedad.

Por su parte, Roberts¹¹ plantea que durante las dos últimas décadas, los sistemas de partido en Latinoamérica han enfrentado nuevos desafíos económicos y políticos. Han tenido que adaptarse organizacionalmente a la competencia electoral después de un largo receso autoritario. Señala que la democratización coincidió con la peor crisis económica, con el colapso del modelo de desarrollo dirigido por el Estado y la transición hacia el liberalismo del mercado. La combinación de estos factores rompió los lazos que los partidos habían forjado con los actores sociales.

El impacto de estos cambios ha sido variado. En algunos países los partidos establecidos declinaron y aparecieron, o nuevos partidos, o nuevas formas de representación. En otros, los actores políticos se han adaptado a las nuevas exigencias. Existen también partidos tradicionales que han conservado sus antiguos patrones de comportamiento.

Lo señalado no sólo representa una divisoria histórica, sino también una “coyuntura crítica” en el desarrollo político de la región.

Existen tendencias comunes en la naturaleza de la representación política. Esto sucede a pesar de la variedad de sistemas de partido. La globalización económica ha limitado el campo

⁴ Abal Medina, Juan (2002). En *El Asedio a la Política*, Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (editores), Rosario: Homo Sapiens, p. 38

⁵ Lynch, Nicolás (1999). *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos políticos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Lima: Fondo editorial UNMSM.

⁶ *Ibid.*, p. 47.

⁷ “... no existen partidos más ideológicos que otros, simplemente hay diferentes ideologías y distintas formas de plantearlas”. Abal M., Juan, *ob. cit.*, p. 50.

⁸ Bartolini, Stefano (s/f). *Partidos y sistemas de partidos*. En **Manual de Teoría Política**, Gianfranco Pasquino (editor), p. 218-219.

⁹ “... definimos crisis en el análisis político como el momento de ruptura en el funcionamiento de un sistema. Para definir la ruptura tenemos que observar el sistema y su modo de funcionamiento regular. Asimismo, si queremos determinar el tipo de crisis, veremos que nos atañen los dos tipos fundamentales, la crisis genética y la crisis de funcionamiento”. Lynch, N., *Ob. cit.*, p.68.

¹⁰ Cavarozzi, Marcelo y Esperanza Casullo (2002). *Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis?* En **El Asedio a la Política**, Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (editores), Rosario: Homo Sapiens, pp. 9-30.

¹¹ Roberts, Kenneth (2002). *El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal Latinoamericana*. En: **El Asedio a la Política**, Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (editores), Rosario: Homo Sapiens, pp. 55-76.

de las opciones políticas de los gobiernos Latinoamericanos. Ha afectado las funciones programáticas e ideológicas de los partidos y ha debilitado las opciones para la competencia electoral. A ello se suma el colapso del marxismo como referente ideológico y como alternativa de desarrollo. Se han debilitado los patrones corporativos de intermediación de intereses y la estrategia de movilización popular ha sido neutralizada por el desarrollo de los modos tecnocráticos de hacer política.

Han aparecido muchos grupos de interés, movimientos sociales y ONGs que han asumido funciones de representación, y los partidos han dejado de ser los únicos organizadores de la sociedad civil. Los partidos se profesionalizan y se convierten en maquinarias electorales; en el lado opuesto, encontramos organizaciones “coyunturales”: que solo se reactivan ante la cercanía de los procesos electorales.

De otro lado, se sostiene que los sistemas de partidos Latinoamericanos no han desarrollado clivajes bien definidos como lo acontecido en Europa u otras latitudes. Sus raíces sociales son superficiales porque obtuvieron el apoyo de sectores heterogéneos. Sin embargo, otras veces, las profundas divisiones sociales pueden expresarse en muchos de estos grupos heterogéneos de organización coyuntural. En realidad, sus adhesiones más parecen corresponder a la eficacia o ineficacia del marketing político.

Diversos factores extra-políticos parecen haber influido en perfilar características especiales. Por ejemplo, como consecuencia de la “Gran Depresión”, de los años treinta del siglo XX, el intervencionismo estatal aumentó en Latinoamérica. Sin embargo, esta “matriz Estado-céntrica” tuvo un desarrollo desigual. Del mismo modo, la movilización obrera fue desigual, dependiendo de la masa obrera, del grado de industrialización y del sistema de partidos predominante y de sus diferentes tradiciones ideológicas.

La crisis de la deuda y las políticas de ajuste estructural alteraron el curso del desarrollo político y económico de la región. Las privatizaciones de empresas públicas, la liberación del comercio y de los flujos de capital, el recorte de la inversión pública pusieron mayor énfasis en la eficiencia del mercado y en la flexibilidad del mercado de trabajo. Esto provocó un shock político y económico. El desenlace dependió de muchos factores, pero, sobre todo, de la forma cómo se articularon los procesos nacionales a esta dinámica internacional.

De lo que se deduce, que el modo de articulación entre partidos y sociedad ha cambiado.

“No se hallan promesas políticas ni ideológicas de distribución de beneficios colectivos a través el Estado para movilizar la participación política de los sectores populares. Puesto que los lazos de los partidos con los actores sociales se han vuelto cada vez más tenues, los partidos se relacionan con los electores más como individuos que eligen libremente que como miembros de una comunidad de fieles. Deben competir con otros partidos para capturar el apoyo contingente de los votantes sobre la base de la imagen del candidato – reputación de honestidad y eficiencia- y otros ámbitos que se hallan en gran medida divorciados de las distinciones programáticas y los patrones estables de organización social”¹².

Desde esta perspectiva, se pueden observar tres tendencias en la competencia partidaria en Latinoamérica: a) una des-institucionalización de la representación política. Esto aumenta la movilidad electoral e incentiva la volatilidad electoral, facilita la aparición de los outsiders; b) la des-masificación de la representación política que afecta a sindicatos y a partidos. Favorece una forma tecnocrática de hacer política y el crecimiento de redes asociativas; c) la virtualización de los lazos entre partido y sociedad. Esto abona el terreno para la incorporación de clientelas¹³.

Un aspecto importante que subraya Abal¹⁴ es la idea que tenemos acerca de la crisis de partidos. El concepto de crisis se ha formado comparando el desarrollo de los partidos en relación con un modelo “ideal” de partido, que es el “partido de masas”. Entonces, se considera “crisis” a las evidencias empíricas de la menor coherencia ideológica, la disminución del número de afiliados y el mayor margen de maniobra de los candidatos respecto a la dirección del partido.

Crisis de los partidos en el Perú

Si consideramos que estas son las tendencias de la región, ¿cómo se articulan éstas en el caso peruano? Al respecto son pocos los trabajos que han abordado, de manera coherente, la crisis de los partidos políticos en el Perú. A los dos aportes que he mencionado y que voy a resumir (Lynch y Tanaka), quisiera agregar el aporte de Bernal¹⁵ que no ha merecido un comentario de algunos de los principales estudiosos del tema. Enrique

¹² *Ibid.*, p. 71

¹³ *“Consideradas en conjunto, estas tendencias sugieren que Latinoamérica está retornando a un nuevo estilo de política oligárquica –ahora más profesionalizada y despojada de sus restricciones previas al sufragio- en el que la competencia política gira en derredor de personalidades dominantes o camarillas de notables, cada una atrayendo a un consorcio diverso e indiferenciado de partidarios y ninguna de ellas usando la ideología o los intereses de clase como base para la movilización política”.* *Ibid.*, p. 76

¹⁴ Abal Medina, Juan, ob. cit.,

¹⁵ Bernal, Enrique (1995). *La crisis de los partidos políticos*, En *Sociedad, partidos y Estado en el Perú. Estudios sobre la crisis y el cambio*. I Congreso Peruano de Ciencia Política, Carlos Fernández Fontenoy (coordinador), Lima: Universidad de Lima, pp.127- 190.

Bernales realiza un enjuiciamiento histórico tanto de las tendencias políticas generales, como de las condiciones particulares del Perú. Analiza el proceso de modernización inconclusa a la que se han referido autores como Quijano, Matos Mar, Carlos Franco y otros, plantea las probables relaciones de este proceso con la matriz política y concluye que:

“... la crisis partidaria se gesta principalmente por el comportamiento de los propios partidos y su incapacidad para modernizarse, para abrirse a los problemas de la sociedad y para asumir con eficacia el manejo de un régimen democrático que reposaba principalmente en la conducción de los partidos”¹⁶.

Ahora pasemos a resumir las ideas de los dos textos que se han convertido en clásicos para abordar el problema de la crisis de los partidos en el Perú. Los dos aparecen casi simultáneamente. Comenzaré por el de Lynch¹⁷ que es el que tiene un planteamiento sistémico y aborda aspectos más amplios que el enfoque de Tanaka¹⁸.

Tengo la impresión de que el trabajo de Lynch es un balance de su propia evolución intelectual. Para corroborar esta impresión, él mismo lo señaló en una conferencia dada en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega, a poco de haber aparecido publicado su libro. De lo que yo recuerdo fue que, al explicar la derrota de los partidos era también el intento de explicar su propia derrota. Esto explicaría la amplitud de temas que trata de relacionar. No sólo trata de ser explícito con el tema tratado, sino también de legitimarse a sí mismo en su actual posición política. En otros artículos también ha señalado su evolución hacia el campo de la democracia y es, desde esta óptica que trata de encuadrar su discurso.

Lynch define la crisis como un momento de ruptura en el funcionamiento de un sistema¹⁹. Considera que la crisis tiene dos dimensiones: a) la forma elitista de hacer política; y b) la *pérdida de la centralidad de la misma*. La caída del Muro de Berlín sería un elemento simbólico que nos muestra el carácter elitista de la democracia representativa. La globalización, debido al enfoque neoliberal, le quita a la política su rol organizador de la vida social. El descentramiento de la política y la elitización son dos aspectos del mismo problema y es un error enfocarlos

de manera separada. La globalización, debido al enfoque neoliberal, le quita a la política su rol organizador de la vida social. El fracaso del vínculo se produce por la dinámica elitista de la democracia representativa. Este proceso es anterior al proceso de globalización. Pero se percibe con claridad cuando el liberalismo busca imponer la lógica del mercado como ordenador del conjunto de la sociedad. El problema conduce a una “informalización política” que perjudica la institucionalidad con los acuerdos extrainstitucionales. La nueva esfera de hacer política es el mercado con sus igualdades formales y sus desigualdades reales.

Su enfoque coincide con los autores que he citado. Agrega que la crisis está relacionada con la fortaleza o la debilidad de los sistemas de partidos. En donde el sistema es débil el colapso es casi total. En América Latina, la crisis de los partidos no acaba con el elitismo sino que da paso al ejercicio del poder por caudillos que expresan la coalición de los *poderes fácticos* que buscan imponer la lógica del mercado. El antiguo elitismo de los partidos se convierte en el súper elitismo de la antipolítica de los tecnócratas y empresarios. La globalización y el neoliberalismo aparecen cuando los partidos estaban en un proceso de transición: de organismos de clientela a partidos con representación democrática.

En el caso del Perú, el estudio del periodo de 1980-92 hay que considerarlo en el horizonte de una fractura histórica: la de 1930 (crisis de dominación oligárquica). En donde aparecen nuevos actores políticos: el populismo y el socialismo que mostraron la falta de legitimidad de la oligarquía, pero no pudieron acabar con las bases materiales de esta dominación.

“El Perú sufrió así un largo proceso de crisis del Estado oligárquico, que duró de 1930 a 1968, pero que ningún actor político, a pesar de las sucesivas incursiones democratizadoras, fue capaz de convertir en un tipo de Estado diferente”²⁰.

La explicación de esta duración podría estar dada por la permanencia de una agricultura terrateniente tradicional.

La fractura histórica sin resolución política clara produjo una institucionalidad democrática restringida y muy débil (con la tardía imposición del sufragio universal²¹). La interacción entre los actores políticos entre 1980-92 es de escasa

¹⁶ *Ibid.*, p. 179-180.

¹⁷ Lynch, N., *ob. cit.*

¹⁸ Tanaka, Martín (1998). *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada*, Lima: IEP.

¹⁹ “... definimos crisis en el análisis político como el momento de ruptura en el funcionamiento de un sistema. Para definir la ruptura tenemos que observar el sistema y su modo de funcionamiento regular. Asimismo, si queremos determinar el tipo de crisis, veremos que nos atañen los dos tipos fundamentales, la crisis genética y la crisis de funcionamiento”.

Lynch, N., p. 68

²⁰ Lynch, N., *ob. Cit.*, p. 40

²¹ “La tardanza en la eliminación de la clase terrateniente tradicional y en el advenimiento del sufragio universal, así como el desarrollo civil relativamente pequeña y a una sociedad política exhausta, al estar formada mayormente por actores agotados, y anclada, en casi todos los casos, en un horizonte histórico que llegaba a su fin”. *Ibid.*, pp. 41-42

cooperación, casi nula competencia y aguda confrontación, además de deslealtad hacia el régimen democrático recientemente instalado. En el Perú, por la distancia existente entre los gobernantes y los gobernados, la crisis se caracteriza como una crisis de representación. Aunque algunos críticos señalan que sólo habría habido intermediación y no representación. Las alternativas frente a la crisis de representación han sido dos: a) los movimientos sociales; y b) el surgimiento de los independientes u “outsiders”²².

El autor pasa revista a los diferentes gobiernos que se han sucedido desde 1980 hasta 1992. Analiza sus características y los cambios políticos operados. Enfoca a los partidos tanto como variables independientes, como variables dependientes, los relaciona con los llamados poderes fácticos y la incapacidad de los partidos en modernizarse y adaptarse a los cambios de la época. Plantea una interpretación del “fenómeno Fujimori” y concluye que los partidos han dejado un vacío político, que los partidos o no pueden o no quieren llenar. En mi opinión, aunque su análisis es mucho más extenso que el de Bernales, tiene conclusiones similares a este autor. Es un texto que merece un análisis más exhaustivo no sólo por lo que dice, sino por las pistas que deja abiertas a las investigaciones futuras. Si lo comparamos con otro texto²³ suyo de recopilación de artículos, este último tiene un estilo más ágil y de mayor lozanía intelectual.

En cuanto al texto de Tanaka²⁴, plantea un enfoque distinto. Una mirada desde la interacción de los actores políticos dentro de la dinámica política. Su visión se enmarca dentro de la teoría de la elección racional y cree que los actores realizan cálculos para lograr sus fines, que cuando se trata de analizar un proceso, se debe partir de esta premisa. Considera que los procesos políticos no están predeterminados, ni siquiera por las estructuras, todo depende de las opciones que tomen los actores. Sostiene que sobre el colapso del sistema de partidos se han dado tres aproximaciones: a) subrayar las variables estructurales e históricas, según la cual los partidos no han sido capaces de superar las condiciones estructurales adversas siguiendo patrones tradicionales (en cierto modo es, si mi apreciación es correcta, a la posición

adoptada por Lynch); b) enfatizar el tipo de instituciones existentes, por ejemplo, el régimen presidencialista; y c) las acciones y omisiones de las élites políticas.

Estas aproximaciones son, según su punto de vista, insuficientes porque las variables estructurales e institucionales deben ser complementadas con la dimensión política: los actores políticos tienen siempre un margen de acción, pueden romper los constreñimientos que limitan su actuación. Si los actores políticos buscan el poder y la supervivencia política, ¿cómo entender un desenlace en el que todos desaparecen a la vez?

“...planteo que el colapso del sistema partidario no es atribuible en lo fundamental a la acción de un autócrata sino al agotamiento de la manera de hacer política que se había venido practicando hasta ese momento”²⁵.

Coincidiendo con los autores citados, plantea que las crisis políticas coinciden con las crisis económicas y expresan la tendencia general del agotamiento progresivo del modelo político centrado en el Estado. Mientras que en los ochentas se desarrolló un modelo político *electoral-movimientista*, en los noventas se pasa al modelo *electoral-mediático*, en el que tiene más importancia el comportamiento de los actores políticos en la arena de la *opinión pública*. La acción política es exitosa más por su capacidad de suscitar consensos y adhesiones sociales que por su capacidad de movilizar actores e imponer condiciones por la fuerza. De esta forma, los partidos afrontaron el reto de adaptarse al nuevo escenario político.

El caso peruano se ajusta a las tendencias generales, pero sus características particulares son: a) la transición del orden centrado en el Estado hacia el orden centrado en el mercado ha sido conducido por un *outsider*; b) la interrupción del orden constitucional es exitosa y recompone el orden precedente; c) el sistema de partidos no evoluciona sino que desaparece y se termina optando por los *outsiders* o “independientes”.

El problema principal de esta crisis, no es de representación sino de gobernabilidad. La representación perfecta significaría la satisfacción de las demandas de todos los actores. Una sociedad completamente gobernable sería una sociedad sin demandas ni conflictos y, por tanto, antidemocrática.

Existe la tendencia a simplificar la explicación del colapso del sistema de partidos, como una consecuencia casi “natural” de los problemas que se vivieron entre 1980-1995. Por el contrario,

²² “... ¿Qué es un outsider? En general, es un individuo que viene de fuera del sistema de partidos y de la sociedad política y, por estas razones, en una situación de crisis de una forma de representación, la gente se inclina a confiar en ella o él. Es una forma de representación por identificación, o de representación simbólica, en la que los individuos tienden a identificarse directamente con el líder que consideran, por no estar con los políticos tradicionales, capaz de solucionar sus problemas pero, contrariamente a lo que se ha dicho de manera espontánea si constituye una forma de representación política, aunque esta forma no sea, necesariamente democrática”. Ibid., pp. 80-81.

²³ Lynch, Nicolás (2000). *Política y Antipolítica en el Perú*. Lima: DESCO.

²⁴ Tanaka, Martín, ob. cit.

²⁵ Ibid., 32.

se puede afirmar que el sistema de partidos funcionó durante los años ochenta y pudo ser representativo en medio de grandes desafíos y dificultades.

En los ochenta se podía sustentar la idea de que en el mediano plazo, se podía construir un régimen político consolidado. Al respecto, hay que subrayar la importancia de la *acción política* como variable independiente. En este sentido, en el proceso de transición sí se dio la confluencia de las élites en torno al mantenimiento del juego democrático. Lo que quiere decir que el sistema de partidos sí funcionó.

“Es más, en cierto sentido se puede afirmar que precisamente el funcionamiento efectivo del sistema de partidos a lo largo de los ochenta y la fortaleza y la consistencia de su dinámica representativa son los rasgos que de alguna manera explican el colapso”²⁶.
(63)

Los actores se habituaron a ciertas reglas que se fueron agotando a fines de los ochenta. Esto dificultó la adaptación a nuevas reglas y al nuevo escenario. Esta racionalidad produjo el colapso.

Para la consolidación democrática es necesario tener en cuenta algunos requisitos mínimos. Estos requisitos se pueden formular en función de tres criterios: a) los sistemas de partidos deben expresar las preferencias electorales dentro de los márgenes establecidos por ellos; la meta es un régimen político inclusivo; b) el sistema debe intermediar y expresar en la esfera política los intereses y las demandas sociales de los principales grupos; c) el sistema debe tener un mínimo de estabilidad.

A pesar de todas las dificultades, las transiciones democráticas se dieron: para ello, el papel de las élites fue fundamental. Su compromiso con la democracia resultó un factor estabilizador en medio de la crisis. En la mayoría de los casos, los regímenes democráticos se establecieron sin una tradición previa. Más que una cultura democrática²⁷, el cálculo costo-beneficio atribuyó ventajas al juego democrático. La democracia, a mediano plazo, puede funcionar sobre la base de esos cálculos y, en el largo plazo, estas reglas pueden convertirse en hábitos que le dan mayor solidez al sistema.

En su relación con las bases y la sociedad, las élites pueden perder legitimidad, sobre

todo cuando dejan de ser representativas. Pero existe un factor estabilizador en la posibilidad de la alternancia. Los partidos ganan o pierden elecciones, y los electores premian o castigan su desempeño. De esta forma, los partidos pueden subsistir aun en medio de la crisis. El régimen democrático persistió, pero no se consolidó.

En el caso peruano, durante los ochentas, el sistema de partidos funcionó y logró cumplir sus tareas de representación. Por ello, no puede decirse que el colapso está asociado a su falta de funcionamiento. Lo que nos lleva a precisar mejor la explicación sobre el colapso. Por lo pronto, se puede ver que los partidos eran débiles; esto se expresaba en su volatilidad electoral.

Viendo los acontecimientos hacia atrás, se puede decir que el colapso comienza con las elecciones de 1990, pero entonces esto no era visible. Las elecciones de 1990 no presagiaban el colapso; por el contrario, parecían indicar que seguíamos la evolución de la región. Por otro lado, se pueden observar que el sistema de partidos cumplía su función de intermediar entre lo político y los movimientos sociales. Las relaciones eran tan estrechas que era difícil establecer una distinción entre lo político y lo social. Desde la experiencia velasquista las identidades políticas y sociales han sido forjadas desde el Estado y la política. Esto se hizo más visible en las organizaciones de izquierda, aunque posteriormente se evidenció también con las fuerzas de derecha.

En vez de hablar de problemas de representación en los partidos, lo que había era un exceso de representación de los intereses sociales. Esto dificultaba una acción política más autónoma.

Otro criterio para evaluar el funcionamiento del sistema de partidos fue el compromiso de los actores políticos con las reglas del juego democrático. Este provenía del *pacto político* en torno a la Constitución de 1979, que significó un pacto entre los tres tercios del espectro político. Pero el problema de fondo era la definición del Perú post-oligárquico. Se acepta que el velasquismo destruyó el orden oligárquico, pero no construyó uno nuevo. La definición del rumbo quedaba abierta al juego de los actores. De esta forma, pese a la polarización, funcionó el pacto.

Si en los años ochenta los actores partidarios fueron mínimamente representativos ¿por qué dejaron de serlo?, ¿cómo entender el colapso final en relación a la racionalidad de sus acciones?

A diferencia del “modelo clásico” de representación política, en nuestros países esta dinámica representativa tuvo que realizarse en el marco de una aguda crisis económica y con un entorno internacional adverso. Esto tenía

²⁶ *Ibid.*, p. 63.

²⁷ “... no creemos que pueda decirse que la ausencia de valores democráticos pueda ser una explicación suficiente (acaso ni siquiera necesaria) para el colapso del sistema de partidos. Los valores democráticos se desarrollan con la práctica misma, no necesariamente la preceden. En el corto plazo, lo fundamental para el mantenimiento del sistema son los cálculos estratégicos, los intereses de los actores principales”. *Ibid.*, Nota al pie de página, 69.

que lograrse con un electorado recientemente salido de una dictadura, no habituada a las reglas democráticas y con movimientos sociales con demandas excesivas. Para lograr el éxito político y la representación social, los actores políticos debían obtener un buen desempeño en la arena electoral, en la de los movimientos sociales y grupos de interés, y en la arena intrapartidaria. La interacción de estas tres arenas son importantes porque permite el acceso al poder: sea como acceso al gobierno o como acumulación de fuerzas.

La arena electoral es importante por razones obvias, porque es el mecanismo que permite el acceso al poder. Los actores partidarios tienen que adecuarse a las demandas de sus electores. Tanto la arena electoral, como la competencia intrapartidaria, es el espacio de encuentro de los actores partidarios con la opinión pública, formada por el conjunto de los ciudadanos. Para tener éxito en la arena electoral, es necesario una buena actuación en el terreno de la opinión pública.

En la arena de los movimientos sociales y de los grupos de interés, los actores partidarios deben negociar sobre la base de la ubicación estratégica de los actores en la sociedad y sus capacidades de acción colectiva; por ejemplo, los grupos de empresarios y los gremios de trabajadores. Aquí los grupos interpelan al Estado por la satisfacción de sus demandas. Estos actores se ubican en un “Estado-céntrico”, con escasa institucionalización, con una legitimidad que se basa en sus capacidades redistributivas, que interviene en la economía y en la regulación de la vida social, por ello, los conflictos sociales se politizan²⁸.

El poder que logran los actores partidarios depende de la capacidad de representar, expresarse o intermediar ante los Estados los intereses y las demandas de los diversos grupos sociales. Esto los convierte en interlocutores válidos para la negociación política. Los actores partidarios necesitan estar bien posicionados en su propia arena intrapartidaria. Una mala ubicación puede hacer irrelevante el capital político obtenido en las otras arenas. Esto no resulta visible porque se da al interior de los partidarios. Aquí actúan militantes, fracciones y personalidades partidarias. Esto los convierte en candidatos a algún puesto de elección e ingresar a la arena electoral. La competencia en este espacio es particularmente dura. Para entender la intensidad del conflicto se debe tener en cuenta a las ideologías, las identidades partidarias, los formatos institucionales y las características del

sistema electoral.

La combinación de estas arenas condujo a la dinámica *electoral-movimientista*. En el caso del Perú, la compatibilización entre ellas fue muy difícil para los actores por la fragmentación y desarticulación entre ellas. La articulación depende del manejo de los diferentes *tiempos* políticos.

Para los sectores de izquierda la arena de las organizaciones sociales y de los grupos de interés era más importante que la arena electoral. Esto les impidió, en 1985, tener propuestas más moderadas. En el caso del FREDEMO, en 1990, también lo ideológico alejó al electorado medio. Todo esto dificultó la conformación de un *sistema de partidos*, porque cada actor definió la relevancia de cada arena de manera distinta, lo que impidió que se formara un espacio de convergencia.

“Los actores partidarios debían satisfacer a un electorado volátil y con tendencia a ser centrista, a militantes partidarios altamente ideologizados y a grupos de interés fuertes y activamente movilizados en pos de sus objetivos. Así, esta combinación era siempre un juego de suma cero”²⁹.

Pese a las limitaciones que imponían la violencia y la crisis económica, el futuro estaba abierto para construir las diversas opciones del Perú post-oligárquico. La complejidad y la fragmentación, junto con la ideologización de los actores partidarios produjeron una disputa entre *varios Perús posibles*.

El colapso ha sido explicado por los problemas y límites de los partidos para lograr una dinámica representativa. Por el contrario, Tanaka considera que el éxito de los partidos políticos en todas las arenas políticas, es lo que explica el colapso. El éxito estimuló la inercia y dificultó el cambio.

“Mi tesis plantea que entre 1989 y 1992, en medio de una serie de complejas circunstancias, se empezaron a revelar los límites del juego movimientista en el que estaban inmersos los actores políticos hasta ese momento”³⁰.

Al principio, la dinámica fue representativa, pero por la crisis y los años se volvió elitista. Fueron perdiendo capacidad de representación. Los partidos se engañaron con una serie de *espejismos* de representación. En el modelo clásico, la sociedad política es un *espejo* que refleja a la sociedad civil. Pero esta representación resultó un *espejismo* porque quedaron fuera amplios sectores de la sociedad.

²⁸ *Es esta lógica de presiones lo que entiendo por movimiento. Se trata de un rasgo central de la dinámica populista y del tipo de relaciones establecidas en el contexto del orden de la centralidad estatal vigente durante décadas en nuestro países”.* Tanaka, M., ob, cit, pp. 92-93.

²⁹ *Ibíd.*, p. 100.

³⁰ Tanaka, M., ob, cit, p. 168.

El surgimiento de los “independientes”

En este contexto, se configura una nueva arena de interacción entre sociedad y política, que adquirió autonomía respecto de las otras: la *opinión pública*. De esta forma, se configura una lógica *electoral-mediática*. Esta es la base para explicar la llegada de Fujimori y el colapso del sistema de partidos.

La llegada del *outsider* Fujimori y su discurso antipolítico no bastan para explicar el colapso. Al inicio de su gobierno, los partidos eran todavía fuertes y Fujimori muy débil. Para entender el colapso, se debe estudiar con más detenimiento el proceso electoral de 1989-1990.

En las elecciones municipales de 1989 aparece, por primera vez, el voto por los independientes. La elección de Belmont fue la primera señal de la insatisfacción de los ciudadanos, mostraba opciones diferentes a los partidos. Los votos de los independientes crecen a costa de IU y del APRA. Expresaba un malestar respecto de la clase política y el sistema de partidos. Todo esto se dio en un contexto de ingobernabilidad creciente, con una también creciente ofensiva de Sendero Luminoso que buscaba impedir la realización de las elecciones, con el aumento de las acciones del Comando Rodrigo Franco y con un inexplicable silencio de los partidos respecto de los principales problemas. Además, las pugnas al interior del FREDEMO llevaron a la renuncia de Vargas Llosa. Si bien esto último le atrajo mayor popularidad, el efecto fue consolidar el sentido común de que “todos los políticos son iguales”.

“Planteo la tesis de que la coincidencia de la crisis del APRA, la división de la izquierda y la pugnas del FREDEMO, en contexto especialmente crítico, mellaron seriamente la credibilidad y la capacidad de unos partidos débiles y sus raíces, ante un electorado volátil, pese a que habían cumplido hasta ese momento con requisitos mínimos de representatividad”³¹.

De esto resultó que un sector importante del electorado empezó a preferir a los candidatos independientes, confluyendo factores históricos, estructurales y políticos. La polarización creciente debilitó al centro, ocupado por el APRA, y simultáneamente debilitó a los extremos (la IU y el FREDEMO), de modo que las preferencias se orientaron hacia los independientes, hacia fuera del sistema. El conjunto de la clase política se encontraba en pugnas intrapartidarias y se mostró alejada de las preocupaciones de la ciudadanía.

Así se consolidó la autonomía de gran parte del electorado respecto de la clase política y del sistema de partidos. Se acrecienta la imagen negativa de los partidos y se prefiere a los independientes

y “no políticos”. La explicación estaría en la desatención de los actores partidarios respecto de la creciente importancia de la *opinión pública*³². La lógica movimientista se había debilitado, entre otras razones, porque los partidos encontraban dificultades de representación en un contexto de creciente informalidad y el debilitamiento de la vida asociativa institucionalizada.

La dinámica revelaba un sistema de representación elitista, alejados de los grupos a los que supuestamente representaba. Las organizaciones fueron percibidas como expresivas de intereses particulares. Los partidos no llegaban a la sociedad, o a sectores importante de esta que quedaban fuera. Los partidos cayeron en el *espejismo* de la representación y dejaron de ser representativos.

A fines de los ochenta, cada vez mayores segmentos de la sociedad se vinculaban crecientemente a través de los medios, antes que a través de las organizaciones partidarias o sociales. Los actores políticos desatendieron esta dinámica porque confiaban en la capacidad de “encuadramiento” del sistema de partidos, no les importaba, por ello, el desprestigio que, ante la opinión pública, suscitaban las contiendas intrapartidarias. Suponían que la representación funcionaría a través de los grupos de interés y de los movimientos sociales. Era preferible vincularse con los actores sociales antes que con la “opinión pública”. Los partidos desatendieron la “advertencia” de los resultados electorales de 1989.

Fujimori llega al gobierno en medio de una crisis de gobernabilidad. Esto no era el resultado de la polarización política y social, sino de la escasa capacidad estatal para afrontar sus múltiples crisis. La gobernabilidad antecedió como problema a la representación. Las opciones al Perú post-oligárquico se definieron sin grandes confrontaciones, por medio de un movimiento hacia el centro y por fuera del sistema de partidos. El sistema de partidos estaba golpeado y Fujimori se les enfrentó y salió vencedor. El pacto de 1979 lo limitaba y la dinámica de su gobierno lo llevó a la conclusión de que la ruptura le traería beneficios. Por ello, Fujimori “construyó” un escenario polarizado. En los

³² *En la arena de la opinión pública se disputan básicamente sentidos sociales. Sentidos que se convierten en ventajas o desventajas respecto de los conflictos en las otras arenas políticas*”. Tanaka, M. *Ibid.*, p. 178. En este contexto, los actores políticos, con sus objetivos y proyectos, son “emisores” y los ciudadanos son los “receptores”. Los receptores no son pasivos ni acrílicos, sino que interpretan los mensajes teniendo en cuenta su socialización específica y su pertenencia a determinados grupos. Entre ambos, se encuentran los medios de comunicación, con objetivos y proyectos particulares. Estas herramientas mediáticas son, en términos económicos, de alto costo; lo cual le permite un acceso privilegiado a los sectores que pueden pagarlos. Aquí todo está permitido, mientras no se afecte la credibilidad de los actores.

“Así, encontramos que cada vez más el éxito político empieza a descansar en la combinación de la arena electoral con la de la opinión pública: a esto le llamamos dinámica electoral-mediática”, p. 179

³¹ *Ibid.*, pp. 172-173.

diversos enfrentamientos apelaba a la opinión pública para legitimar sus actos.

El autogolpe de Fujimori fue exitoso por el *momento* en que se efectuó. La economía comenzaba a estabilizarse y había expectativas de mejoras. El éxito del *outsider* consolidó un discurso antipartidos. Este triunfo impuso la lógica de la arena de la opinión pública. La nueva situación desbordaba el pacto establecido por la Constitución de 1979. Los actores partidarios seguían presos de este espejismo de la vigencia de la legalidad establecida en 1979. Se habían creado dos bloques: a) el fujimorismo y; b) todos los demás. Ya no se trataba de un problema de integración, sino de una reestructuración neoliberal, desmontando el modelo de la centralidad estatal.

En un trabajo posterior, Tanaka³³ prosigue su análisis hasta la caída de Fujimori y el inicio del gobierno de Toledo. Plantea que el colapso del sistema de partidos no ha producido una recomposición o una transición. Los propios actores adoptaron la condición de marginales. Contrario a lo que ocurre en el resto de la región, en donde se da paso a una situación de mayor competencia por la aparición de nuevos actores. Al no haber una recomposición, el espacio vacío dejado por los partidos, fue ocupado por Fujimori y, al no tener contrapesos, cayó en una dinámica autoritaria. El régimen de Fujimori cayó por la concurrencia de presiones internacionales y las contradicciones internas propias de un régimen personalista, en un contexto de extrema debilidad de los actores políticos y sociales internos. La caída del régimen no es resultado de la oposición política interna.

Resulta difícil evaluar con objetividad tanto los aportes de Lynch como los de Tanaka. En mi opinión, a pesar de sus enfoques teóricos distintos, tienen puntos de encuentro. Mientras Lynch acude a las estructuras y una visión sistémica, Tanaka acude a la racionalidad de los actores partidarios y nos presenta –*ex post facto*– una visión coherente de la interacción de estos actores. Con todo, la mirada de Tanaka parece más optimista porque confía en la construcción de escenarios en función de la racionalidad de los actores y esto nos ratifica en la definición de la política como el arte de lo posible.

Bibliografía

Abal Medina, Juan (2002). En *El Asedio a la Política*. Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (editores), Rosario: Homo Sapiens

Bernales, Enrique (1995). *La crisis de los partidos políticos*, En **Sociedad, partidos y Estado en el Perú. Estudios sobre la crisis y el cambio**. I Congreso Peruano de Ciencia Política, Carlos Fernández Fontenoy (coordinador), Lima: Universidad de Lima, pp.127- 190.

Cavarozzi, Marcelo y Esperanza Casullo (2002). *Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis?* En **El Asedio a la Política**, Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (editores), Rosario: Homo Sapiens, pp. 9-30.

Dahl, Robert (1999). *La democracia. Una guía para los ciudadanos*. Buenos Aires: Taurus.

Lynch, Nicolás (1999). *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos políticos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Lima: Fondo editorial UNMSM.

Lynch, Nicolás (2000). *Política y Antipolítica en el Perú*. Lima: DESCO.

Roberts, Kenneth (2002). *El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal Latinoamericana*. En: **El Asedio a la Política**, Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (editores), Rosario: Homo Sapiens, pp. 55-76.

Sartori, G. (1992). *Representación*. En **Elementos de Teoría Política**, Madrid: Alianza Editorial, pp. 225-242.

Sartori, Giovanni (2000). *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*. Madrid: Alianza Editorial.

Tanaka, Martín (1998). *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada*, Lima: IEP.

Tanaka, Martín (2002). *Los partidos políticos en el Fujimorismo y los retos de su reconstrucción*. En **El asedio a la política**, Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (editores), Rosario: Homo Sapiens, pp. 317-347.

³³ Tanaka, Martín (2002). *Los partidos políticos en el Fujimorismo y los retos de su reconstrucción*. En **El asedio a la política**, Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (editores), Rosario: Homo Sapiens, pp. 317-347.